

lesum per Mariam»: que este sea nuestro programa diario de vida espiritual y pastoral (Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero, 23 de noviembre de 2001).

Virgen Madre, guíanos y ayúdanos para que vivamos siempre como auténticos hijos e hijas de la Iglesia y podamos contribuir a establecer sobre la tierra la civilización de la verdad y del amor, según el deseo de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

IV

EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SACERDOTE, FUNDADOR DEL OPUS DEI

S.I. Catedral Metropolitana

30 de octubre de 2002

1. *En honor de la Santísima Trinidad, para exaltación de la fe católica y crecimiento de la vida cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (...), después de haber reflexionado largamente, invocando muchas veces la ayuda divina y oído el parecer de numerosos hermanos en el episcopado, Su Santidad Juan Pablo II, declaró y definió la santidad de Josemaría Escrivá de Balaguer, le inscribió en el Catálogo de los Santos y estableció que en toda la Iglesia sea devotamente honrado entre los Santos (cf. Fórmula de la canonización).*

Con intensa alegría y emoción hemos vivido la ceremonia de canonización en la plaza de San Pedro, el pasado domingo 6 de octubre.

Aquellas inolvidables y maravillosas jornadas reunieron en Roma una multitud extraordinaria para «el santo de lo ordinario».

Los días de la canonización están llamados a convertirse en punto de referencia para millones de personas pues, como señaló el

Papa, «San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación» (*Discurso durante la audiencia del día 7-X-02, en la plaza de San Pedro*).

Apenas transcurridas algunas semanas, nos congregamos de nuevo para dar gracias a Dios por los acontecimientos que hemos vivido.

Aquella multitud, admirable por su piedad, compostura y recogimiento, se reproduce hoy, de alguna manera, en esta hermosa catedral de Valencia.

Contemplo una amplia representación de jóvenes, adultos y también ancianos. Procedéis de ambientes profesionales distintos. Estáis aquí solteros y casados; familias con vuestros hijos...

La Catedral respira hoy un ambiente de meditación y de fiesta; de recogimiento y alegría. De acción de gracias a Dios por la canonización de San Josemaría Escrivá.

Queridos hijos: a todos nos llama el Señor para que le hagamos presente en la vida cotidiana, comenzando por la familia y el trabajo; para que todos los momentos y circunstancias de nuestra vida se transformen en ocasión de amar a Dios y de servir a las almas.

Sí: San Josemaría nos recuerda que, en medio de las tareas cotidianas, Dios nos llama a la santidad. En el cumplimiento de esa vocación está nuestra felicidad: la temporal y la eterna.

2. *El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para que lo guardara y lo cultivara (Gen 2, 15).*

La Lectura del libro del Génesis que hemos escuchada fue utilizada reiteradamente por el nuevo santo para recalcar el papel que, en el designio del Creador, desempeña el trabajo humano.

«Hemos venido —decía él mismo—, a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazaret trabajando, desempeñando un oficio.

En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al

que controlan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación.

«Ningún trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un hacer divino. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia.»

«Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo.

Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres» (*Conversaciones*, 55 y 113).

«El peligro —añadía— es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!» (*Hacia la Santidad*, 313).

San Josemaría nos recuerda que el cristiano puede —debe— ser santo en medio y a través de las cosas ordinarias de la vida —la profesión, la familia, los amigos—, sin necesidad de salir de su sitio.

Estáis llamados a poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas, mediante un trabajo santificado, santificante y santificador.

Vuestro trabajo ordinario, vivido con este espíritu, constituye una rica fuente de evangelización y de crecimiento del Reino de Dios en el mundo.

3. «Hermanos, los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios», nos dice San Pablo en la segunda Lectura de la Santa Misa.

¡En cuántas ocasiones trató San Josemaría de inculcar esta realidad precogedora y magnífica que el Espíritu Santo imprimió en su alma profundamente con una luz particular!

Así lo relataba:

«Estaba yo en la calle, en un tranvía; la calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración... Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en

mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!*...

Estuve contemplando con luces que no eran más esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca» (*Meditación del 24-XII-1969*).

El don de esa luz no se derramó en vano en el alma de San Josemaría: la acogió con generosidad, uniéndose cada día a la Cruz del Señor y fructificó intensamente en su vida.

Inculquemos esta verdad en nuestra vida: estamos siempre protegidos por Aquél que tiene en sus manos las llaves del destino de este mundo que pasa. Estamos siempre en manos de Dios.

Nada puede ocurrirnos sin que nuestro Padre del cielo lo permita y, si lo que sobreviene es una desgracia, no dudemos que es medicinal, que puede ser para bien. Desde esta convicción, las contrariedades y los sufrimientos físicos o morales no apagarán la alegría.

La Iglesia nos enseña que somos hijos de Dios en Cristo, somos miembros de este Cuerpo —la Iglesia— cuya cabeza es Jesús, verdadero Dios, verdadero hombre. Y la alegría y la paz bañarán nuestro espíritu.

4. *Rema mar adentro y echad las redes*, nos acaba de decir Jesús a cada uno en el Santo Evangelio.

Duc in altum!, ¡Mar adentro!

Es preciso vivir *para adentro*, tener vida interior, permitir que Cristo entre en nuestras vidas, como en la barca de Pedro. De lo contrario nos afectará el cansancio y la decepción que invadió a los discípulos, después de una noche de trabajo infructuoso.

Con Jesús en la barca, Pedro y sus compañeros quedaron asombrados de la fecundidad que escondía el mar de Genesare. Sin Jesús, esa pesca abundante, les fue negada.

La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar que Dios obre en nosotros, entre en la barca de nuestra vida...

Si no permanecemos en Jesús difícilmente podremos sacar fruto de nuestra existencia. Y para ello es necesario cultivar un profundo espíritu de oración.

San Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, que consideraba un instrumento extraordinario para redimir al mundo. Recordaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción» (*Camino 82*).

Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y el verdadero éxito de los santos: transformar todo en oración.

Nuestra actividad diaria, nuestros afectos y proyectos vitales, los afanes de cada día, están llamados a convertirse en encuentro con Dios, en oración.

Y, entonces, seremos *contemplativos en medio del mundo* —como nos enseñó, con su palabra y su vida, San Josemaría—. Habrá herencia entre la fe y las obras. Trabajo, apostolado y oración se unirán, por la acción del Espíritu Santo, en santidad de vida.

5. No es esta una meta imposible, reservada a unos pocos elegidos. Sería absurdo pensar que Dios exige por encima de nuestras capacidades. Dios nos pide que luchemos con alegría, con espíritu deportivo. Nos pide, en definitiva, *esfuerzo de amor*.

¿Quién ha dispuesto —enseñaba el nuevo santo— que para hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas?

Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio...

Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado.

Y sin que tú encuentres motivo, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla —a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte— charlaréis de inquietudes que están en el alma de todos» (*Amigos de Dios, 273*).

¡Sí, ser santo es posible! No es algo reservado a unos pocos. He aquí su enseñanza, ratificada por la Iglesia.

Maestro sin cátedra, supo hacer escuela sin tener escuela. Siempre cercano a todos —«de cien, nos interesan los cien», solía repetir—, abriéndoles horizontes de vida cristiana en medio del ajetreo diario, asegurándoles que Dios contempla esas ilusiones nobles, le interesan y las bendice.

¿Podrá extrañar que este mensaje de la santidad en medio del mundo, pero sin ser mundanos, haya calado en centenares de miles de personas de toda condición social, lengua, cultura o país?

Jóvenes y mayores, y también ancianos. Enfermos y sanos.

Incluso no cristianos, cada uno según sus posibilidades han entregado y entregan, su salud, su tiempo, sus energías, su dinero, su imaginación, para servir con alegría y paciencia, con empeño y sencillez, a la Iglesia, tal como ella desea ser servida.

Amar y servir a la Iglesia: esa es nuestra vocación y misión.

San Josemaría Escrivá gastó su vida en servicio de la Iglesia, indicaba el Papa; servicio patente en su entrega al ministerio sacerdotal y en la magnanimidad con la que impulsó tantas obras de evangelización y de promoción humana a favor de los más pobres (cf. Juan Pablo II, *Discurso durante la audiencia del día 7-X-02*).

Os animo a que sigáis viviendo este espíritu que ha dado abundantes frutos en esta archidiócesis, desde que el propio San Josemaría viajó a esta ciudad, en abril de 1936, para extender la Obra y poner en marcha el primer centro del Opus Dei fuera de Madrid.

La Iglesia y el mundo os necesitan hoy más que nunca.

Los fieles de la Prelatura y cuantas personas os acercáis a sus apostolados estáis llamados a dar un testimonio luminoso de fe, según el ejemplo y la enseñanza de vuestro santo fundador.

El mensaje y el espíritu de San Josemaría deben impulsaros a actuar en los lugares donde se está forjando el futuro de nuestra sociedad.

¡No tengáis miedo! *Duc in altum!*

Es necesaria la presencia activa de los cristianos laicos en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del desarrollo humano.

Dejad que Dios se sirva de vosotros para transformar el mundo.

6. Me es grato recordar que el Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Bevarría, ha declarado un Año Mariano en la Prelatura, para que el tiempo de acción de gracias por la canonización de San Josemaría sea un tiempo mariano, dedicado especialmente a la Santísima Virgen.

Ese «Año Mariano» coincide, además, con el «Año del Rosario», invocado por el Papa Juan Pablo II para rezar por la paz del mundo y las familias.

A todos nos resulta familiar la imagen de San Josemaría con el Rosario en sus manos. En los últimos años de su vida, quiso que se partieran por el mundo millares y millares de estampas de la Virgen, con unas palabras suyas al dorso:

«El rezo del Santo Rosario, con la consideración de los misterios, la repetición del Padrenuestro y del Avemaría, las alabanzas a la Beatísima Trinidad y la constante invocación a la Madre de Dios, es un continuo acto de fe, de esperanza y amor, de adoración y reparación» (cf. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Artículos del Postulador*, Roma 1979, 397).

Os animo, por ello, en consonancia con el Papa, a difundir la devoción del Rosario. Se trata de una oración sencilla; contiene la profundidad de todo el mensaje evangélico y es un instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad (cf. Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 1-2).

Concogamos en el rezo del Rosario nuestro deseo de conversión personal, la necesidad de promover vocaciones para la evangelización del mundo, la santidad de los sacerdotes, la familia, la Iglesia y la humanidad... Y obtendremos multitud de gracias, recibidas de la Madre de Dios.

Pido a la Santísima Virgen, bajo la advocación de Madre de los Comparados, que haga de cada uno de vosotros un testigo auténtico del Evangelio, para la construcción del reino de Cristo. Que Ella, como buena Madre, nos aliente y nos proteja. Amén.